

# ANTONIO SEGADO, EN SU LUCHA DE ESCRITOR CON LA PALABRA

P O R

JOSE LUIS CASTILLO-PUCHE

Queridos amigos:

Estamos aquí esta noche\* para hacer memoria de Antonio Segado del Olmo, pero no para hacer memoria como amigos que le queríamos, porque conocíamos su generosidad, su entusiasmo en la amistad, su gran honestidad, su arrolladora simpatía, aunque esto, hablar de Antonio como amigos es lo que nos gustaría, es lo que brota de nuestros corazones; pero hemos de sujetar el sentimiento, hemos de estrangular el dolor, y hemos de hablar de Antonio como novelista, como escritor arrebatado por la muerte cuando sus excelentes dotes de narrador estaban ya suficientemente probadas, como se demuestra cuando se leen sus novelas, injustamente olvidadas. Hay que leer a Antonio Segado, hay que reeditar sus obras, hay que conocerle y leerle.

Por esto mismo y para esto, hoy aquí, el profesor Joaquín Marco y yo trataremos de penetrar y explorar lo que fue su precipitada aventura de vivir, y más allá de los protagonismos impuestos por esta misma aventura, lo que encontraremos será un silencio casi petrificado, una silenciosa reflexión que iba mucho más lejos que su sonrisa abierta, más allá de su parloteo titubeante, casi cómico, porque siendo Antonio un hombre de inesperados matices expresivos, desde la risa al silencio, mediaban sus palabras irónicas capaces de aflojar las tensiones, nacidas sin duda de su gran capacidad para conocer a las personas, de su poder crítico, caricaturizador, pero siempre humanizador del diálogo. Quiero decir con esto que acaso en el discurso de

---

\* Palabras leídas en el Homenaje a Antonio Segado del Olmo (Murcia, enero 1988).



Segado del Olmo concurría expresamente el humor como elemento de benevolencia, dado que tenía un agudo y poderoso don para destripar hipocresías y falsedades. De estos dones y de estas capacidades se nutría el novelista Segado del Olmo.

Digamos también que esta nota característica de su personalidad, la *vis comica*, interiorizante y liberadora, no le restaba candor e ingenuidad a Antonio, hasta tal punto su bondad natural le llevó algunas veces a ceder a esas solicitaciones estériles, trituradoras, de las que un resto de malicia leve y bondadosa le ayudaba a salvarse, pero a costa de tanto esfuerzo, de tanto sufrimiento íntimo como ahora con el conocimiento de su obra y de su vida podemos vislumbrar.

La muerte, su muerte, que es tan nuestra también, nos ha limitado las fronteras del Antonio soñador, del Antonio imaginativo por la palabra y con la palabra, esa fase de madurez y perfección narrativa que estaba ya tocando con la mano, y a la que se dirigía con tanta impaciencia y tanto coraje que acaso estas prisas por darnos algo de su mundo en tensión, en ebullición, en su reto abierto de comunicación, unido esto a los fraudes y abusos a que antes aludíamos, fueron quizás causa y concausa para la eclosión de su destrucción definitiva. Tremendo golpetazo —«manotazo duro», que diría Miguel Hernández— el que nos hizo perder a un artista en el oficio narrativo, un Segado del Olmo que fue segado precisamente cuando ya había cruzado el umbral de la sabiduría en el novelar, cosa que es probada ya por profesores y críticos, y también por los lectores, a quienes nos ha dejado frente a esa tapia ciega que es «El lugar de la utopía», novela incompleta, como una sinfonía en embrión, novela arrollada por el vértigo de acabarla cuando ya los síntomas de su enfermedad eran evidentes, y lo más tremendo es que estos síntomas han quedado plasmados en la escritura misma, como un documento patético y revelador de la lucha heroica de un escritor con la palabra cuando su cerebro está en proceso indetenible de destrucción.

Es una verdadera pena que esta obra no haya podido tener esa última corrección que era exigencia de Antonio, pues no todo en Segado era sacudida emocional, estremecimiento poético y precipitación estética, sino que había alcanzado ya esa etapa en que la fiebre de perfección y maestría era obsesiva en él; todo lo cual sólo servía para hacer más irritantes las premuras de la radio, los compromisos diarios con esas rutinas paralizantes que nos exige la inhumana y deshumanizada vida actual, todo lo que íntimamente hacía explotar de rabia la sensibilidad de Antonio por el desequilibrio que suponía para su obra, una angustiosa necesidad de armonizar el quehacer rutinario con las hermosas interrogantes que llevaba sobre su



destino de narrador, una contradicción íntima que a veces hemos sentido también nosotros, y de la que solamente el tiempo —ese tiempo que a Antonio no le ha sido dado— y una gran tenacidad, puede llegar a curarnos, aunque hasta el final el novelista tiene que arrastrar ese duelo entre su realidad interior y las realidades impuestas y destructoras.

Será necesario estudiar muy seriamente la obra, aunque escasa, sí importante, de Antonio Segado. No es este el momento, porque aquí hemos de ser breves; pero asoma en la obra de Antonio una exigencia estética como podemos ver en pocos escritores jóvenes de hoy; su tragedia fue tener que transigir con las prisas de sus prosas radiofónicas, todas esas minucias que le quitaban no ya el sueño de dormir sino el sueño de soñar, un tiempo precioso del que se aprovecharon sus amigos, sus enemigos, los políticos de turno, jefes de la burocracia y orates empingorotados, sacándole del anhelo profundo de su propia obra para acudir a la eterna contrapartida de ganar el pan de sus hijos, tortura y martirio que en el caso de Antonio estuvo exacerbada por circunstancias muy concretas y personajes bastante siniestros con los que hubo de tropezar su bondadosa y entusiasta generosidad.

Pero dejando todo esto aparte, hay un aspecto de su obra que quisiera esbozar, sólo esbozar, aquí y ahora. Es como si desde la primera novela de Antonio, su «Trópico de ausencia», estuviera ya prefijado su final, su enfermedad, su intenso dolor físico localizado precisamente en el cerebro. Hemos hablado ya de la presencia de su enfermedad en su obra inconclusa, «El lugar de una utopía», documento más que novela, yo supongo que de gran interés para neurólogos y también para lingüistas, cuando se publique. En esta novela, que transcurre en el ambiente de dudas y sueños de protagonismo, esa tendencia de Antonio hacia la pesadilla como forma estética, encontramos algunas frases sobrecogedoras en las que se describe el dolor localizado en la cabeza:

«Porque el dolor se hacía más patente, le subía horadándole como un tornillo hacia el oído, hacia la cabeza».

Pero lo más sorprendente es que en «Trópico de ausencia», novela primeriza pero excelente novela, una de las más bellas novelas que se han escrito sobre el pavor, la soledad y el silencio del desierto, encontramos ya como en premonición mágica o telúrica, esos anticipos de dolor físico, precisamente en la cabeza, que son como un presentimiento de los crueles dolores que había de sufrir en su almohada.

Escribe en esta obra:

«Dejando descubierta la nuca, se quejaba diciendo que eran pinchazos de fuego lo que latía en su cabeza».



Y en otro pasaje del relato, dice:

«Aquel abotargamiento extraño, el cansancio de los huesos, la pesadez brumosa en la cabeza cuando me despertaba...».

Es como si la opresión del desierto, que está por cierto maravillosamente descrita, en páginas que superan las de Camus, se hiciera en el protagonista dolor lacerante siempre localizada en el cerebro, cuando en distintos pasajes matiza, diciendo:

«Hay mil pinchazos de luz en mi cerebro».

«Un vértigo punzante gira con los movimientos de una espada batiéndose en el interior de mi cerebro».

«Los pasos, los ruidos de mis vecinos, que desgarran las tripas de mi cabeza».

«Un extraño humo amarillo, flotando en el cerebro, que se transforma en una masa compacta, en algo como una bola mágica y transparente en la que baila y silban los hechos y las palabras, las sombras y los sucesos que no existieron...».

O sea, que el desierto sirve a Antonio Segado para señalar la amenaza o el peligro terrorífico de la disolución de su ser pensante y sentiente, y todo expresado con la justeza y la precisión de un neurólogo, y con la angustiada sensibilidad de un atribulado ser humano.

Esta novela de Antonio es menos conocida que otras suyas, que tampoco lo son todo lo que debieran; pero en esta novela, que desgraciadamente fue publicada en aquella calamidad que fue la Editora Nacional, ente en el que yo no pude hacer nada ni nadie podría hacerlo, en esta novela, decimos, hay una gran belleza y un intento de asidero de náufrago existencial en agonía romántica.

Yo, que he cruzado el desierto y he vivido lunas y soles sobre un desierto azaroso, con brotes de peste y con luchas en la frontera; que, por lo tanto, conozco esta patética geografía y la sequedad lacónica de sus moradores, lo que tantas veces hace al habitante del desierto un aspirante a la locura, me creo capacitado, por conocimiento y experiencia, para decir que «Trópico de ausencia» es un relato de gran calidad literaria, un documento humano de gran sinceridad y dramatismo. Aquí no hay martingalas de costumbrismo ni frivolidades de escenario urbano o rural abocetado para el chantaje del éxito, sino una escritura que es criba de ideas y sensaciones, puras y de gran eficacia estética.



«Trópico de ausencia» es una especie de diario existencial, un repaso a la vida desde el ser a la nada, una penetración maravillosa en la realidad granosa, amarillenta, negruzca, rosa del desierto, con descripciones de gran maestro del narrar, como cuando dice:

«En esa hora el sol parece detenerse en un punto fijo del cielo. Nuestras sombras no avanzan mucho más allá de nuestros pies, y se configuran grotescamente redondas, achatecidas».

O cuando dice:

«La memoria cabalgaba a la deriva, reencontrando imágenes perdidas hacía tiempo. La memoria se inflaba como un gusano de piel finísima que respira, hinchándose y encogiéndose».

Es preciso, vuelvo a repetir, es preciso reeditar «Trópico de ausencia». Es preciso releer a Antonio Segado, y este será el mejor homenaje de todos nosotros. Y para terminar, porque estoy abusando del tiempo que me corresponde, y abusando también de todos vosotros, tengo que decir que yo no conocía a Antonio Segado cuando cayó en mis manos «Ceremonial de ahogados», otra gran novela suya que me entusiasmó y, sin conocer todavía a Antonio, escribí sobre esta novela.

Era el año 1978, y entonces escribí:

«... quiero saludar la llegada de Segado del Olmo a las letras murcianas, con su potencia de renovación, de universalización, únicas vías posibles para abrir marcha contra la abulia y el nihilismo...».

Y escribí también:

«Novela tensa la de Segado del Olmo, novela bien construida, trabajada como la forja de las rejas murcianas, drama cotidiano y estúpido que atrapa al lector y le hace personaje activo del mundo recreado, sublimado y consagrado por obra del arte»...

Entonces, como dije, no conocía a Antonio y mucho menos podía sospechar que un día como hoy estaríamos aquí hablando de su obra, pero sobre todo, doliéndonos de su desaparición cuando tenía tanto futuro como narrador.

Dejo la palabra al profesor Marco, y a todos vosotros.

